

Los muros y las fronteras en el mundo contemporáneo

ROGELIO DE LA MORA VALENCIA

ESTE NÚMERO DE *ULÚA* PRESENTA un *corpus* original de trabajos realizados por investigadores de diversos campos disciplinares, alrededor del eje temático propuesto en nuestra convocatoria “Los muros y las fronteras en el mundo contemporáneo”.

Si tomamos en cuenta los numerosos trabajos interdisciplinarios publicados en los años recientes, produciendo ricos análisis de las formas materiales, sociales y discursivas derivadas del control migratorio, podemos afirmar que la frontera, en tanto que objeto de estudio, marcha viento en popa. Ahora bien, los muros y las barreras de separación no son ninguna novedad. La noción misma de frontera es muy antigua, viene de “frente”, la línea de frente, la que hace frente al otro. En sentido propio, es el límite de un territorio, el límite que separa a los estados. En la historia de la humanidad, estos instrumentos de demarcación territorial, como lo sugiere su definición formal, fueron construidos sobre la base de una doble lógica: la de impedir la invasión de los ejércitos enemigos y los flujos de las poblaciones consideradas como indeseables. La frontera en el sentido de frontera política, nos dice el geógrafo Ives Lacoste, está en la herencia de una línea de frente entre las fuerzas en juego luego del pacto del cese de hostilidades, ratificado por un acuerdo duradero, con frecuencia en forma de un tratado. Desde esta perspectiva, las fronteras no son naturales sino producto de una historia, realidades históricamente definidas. Antes de intentar formular una definición, la frontera precede al Estado, que a su vez precede a la nación. Tal es la frontera que nosotros conocemos.

En la historia reciente, el mundo bipolar abrió espacio a un periodo de estabilización de las fronteras, hasta entonces fluctuantes, lo cual no deja de ser paradójico. Luego de la caída del Muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría, se tuvo la premonición de un mundo sin fronteras, los

viejos sueños de los grandes pensadores liberales se cumplirían por fin. Sólo bastaron dos décadas para constatar que esa esperanza había sido ilusoria. Lejos de desaparecer, las fronteras se multiplicaron; desde 1945 al presente, el número de los estados en la Organización de Naciones Unidas (ONU) casi se cuadruplicó, pasando de 51 a 197, lo cual acarrea consecuencias para las fronteras. Con la edificación, en este mismo periodo, de más de 26 000 kilómetros de frontera internacional y la creación de nuevos países, el mundo se “provincializa”, como lo asevera el escritor, filósofo y mediólogo Régis Debray. De manera particular, a partir de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, asistimos a lo que se podría clasificar como “el retorno de las fronteras” —por cierto cada vez más porosas— que surgen en un mundo que se quiere “abierto” y se desmaterializa, lo cual tampoco deja de ser paradójico. Esas nuevas fronteras cuentan nuestra historia. Con el auge de la actual globalización, se creía estar en el umbral de una nueva era de intercambios y libre circulación. Sin embargo, los estados entraron en crisis, al mismo tiempo que la noción de frontera requirió una redefinición, en respuesta a intereses múltiples, según dinámicas complejas. No obstante, hemos podido constatar que las fronteras persisten (65 muros, hoy en día, la mayoría de ellos contruidos en la lógica de la lucha contra la inmigración clandestina), se transforman, se reconfiguran, y cambian tanto de naturaleza como de significación. De hecho, en la medida en que el mercado y su lógica de beneficios se mundializa, la cuestión de las fronteras no deja de plantearse.

Las fronteras no son tan evidentes como pensamos. El uso del polisémico vocablo de frontera se generaliza en términos de escala de utilización (fronteras sociales, jurídicas, culturales...), nosotros aquí nos referimos a las fronteras internacionales. Diversos niveles de interpretación dan cuenta de la complejidad de la noción de fronteras, de las diversidades y de las interpretaciones. Al igual que sobre temas morales o políticos, no existe una definición universal de frontera; se emplea de modo distinto en distintas latitudes, se admiten excepciones, se exigen modificaciones. Los trabajos de semántica conceptual del historiador alemán Reinhart Koselleck en el campo de la historia de los conceptos (o historia conceptual), disciplina que se aplica al sentido de las palabras y de los textos, brindan herramientas analíticas (*Futuro pasado. Para una se-*

mántica de los tiempos históricos) para esclarecer las significaciones de palabras claves, en su doble relación de indicadores y factores de cambio que mantienen con la historia social clásica. Actualmente, la noción general de frontera está ligada a las sociedades que, sobre todo, desean protección y seguridad; vigilar de cerca, principalmente al que ingresa.

En el campo de la investigación científica, durante mucho tiempo el estudio de la frontera permaneció en el dominio casi exclusivo de la historia diplomática y de la geografía, salvo en el caso de la frontera estadounidense, en su acepción de *frontier* acuñada por Frederick Jackson Turner, en 1793, a raíz de la conquista del Oeste. A comienzos del siglo XX, Lucien Febvre y Marc Bloch, ligados a los geógrafos de la *Revue de synthèse historique*, estudiaron la frontera desde una nueva perspectiva, poniendo en colaboración la historia con la geografía humana. En el dominio de la antropología, se produjo un giro radical en los años 1960-1970, durante los cuales en el mundo académico de Estados Unidos se operó una torsión de orden filológico, transformándose en “antropología cultural”, en acuerdo con la célebre fórmula de Clifford Geertz, según la cual la antropología debe “leer las culturas como textos, por encima de los hombros de los informantes”, mientras que en el mundo francófono se hablará más bien de “antropología social”; en este marco, la historia cultural y la geografía cultural se abocarán al estudio de la formación de fronteras (un clásico del género: Peter Sahllins, *The Making of France and Spain in the Pyrénées*, 1989). En Francia, Yves Lacoste —revista *Hérodote* y su obra *Frontières et limites* (1991)—, así como Michel Foucher —*L'invention des frontières* (1986) y *Fronts et frontières* (1991)— analizarán las fronteras a la luz de la geopolítica. Es también de destacar la propuesta etnográfica, “la antropología de la antropología”, de James Clifford, en su obra ya clásica *Dilemas de la cultura* (1995), en la que trastoca la lógica de la relación entre sujeto y objeto; si su interés está enfocado en el lugar del estudio de las culturas en asentamientos y contexto fijo y en las culturas híbridas, otorga igual importancia a los itinerarios transculturales, es decir, el viaje y el traslado cultural (los viajes, pero también la diáspora, los cruces de frontera, la construcción de hogar en el país de destino). Otras disciplinas que exploran la noción de frontera son la literatura y crítica literaria, así como

las teorías de la frontera, con interés particular por la de México-Estados Unidos.

Gran parte de estas problemáticas y de estas formas de abordar la frontera cruzan los cinco artículos del presente número temático, los cuales, desde perspectivas disciplinarias complementarias, exploran diversos eslabones específicos de la frontera entre México y Estados Unidos, una de las más codiciadas, resguardadas y extensas del mundo contemporáneo. Claro está, este número temático no tiene un carácter exhaustivo y sus reflexiones podrían prolongarse y explorar otros aspectos inéditos.

En el primer artículo, Grisell Ortega Jiménez se detiene a analizar una de las facetas poco estudiadas en relación con el proceso de construcción nacional de Estados Unidos: la emigración y los movimientos de retorno de la población nativa, y más específicamente la experiencia *sui generis* (en una nación con índices de migración internacional muy bajos) de colonización agrícola por parte de familias afroestadounidenses de Georgia y Alabama en Tlahualilo, Durango, durante la llamada “Era del enganche” (Jorge G. Durand), en la que el régimen porfirista había explorado una variedad de esquemas para atraer migrantes, en 1895. Se trata de un estudio de caso, de una temática puntual y concreta. Por lo general, en casos semejantes, los investigadores examinan las razones de retorno, cómo la reintegración se lleva a cabo, los factores que facilitan la reintegración en la sociedad y en el mercado laboral, así como el impacto y las fallas en la reintegración. En este trabajo, la autora tiene constantemente en cuenta las estructuras sociales, políticas y económicas, las cuales se vinculan e inciden recíprocamente en el movimiento objeto de estudio, al mismo tiempo que enfoca su atención en las causas del desplazamiento y las motivaciones vinculadas con el retorno, así como el impacto en las sociedades de origen y destino.

En esta secuencia de cruce de fronteras, Mario Pérez Monterosas y Josefina Barojas Sánchez, a partir del esquema analítico de microsociología en interacción con lo macro, se basan tanto en la información bibliográfica como en el trabajo de campo con el propósito de rescatar la experiencia subjetiva de los migrantes centroamericanos por la llamada frontera vertical mexicana. Esta frontera vertical o aplicación de la política migratoria que transforma a México en una extensa frontera para migrantes

irregulares en tránsito hacia Estados Unidos, ha implicado “la redefinición de rutas, estrategias y costos para que las movildades tengan efecto”. Para rastrear las rutas terrestres que conducen al Coloso del Norte, los autores enfocan los reflectores en el Triángulo norte de Centroamérica y el “corredor migratorio”, en particular la región del Golfo, deteniéndose para dar cuenta de La 72, hogar-refugio para las personas migrantes, en Tenosique, Tabasco. Este trabajo intenta con éxito escudriñar e interpretar el movimiento de subjetividad característico de los migrantes centroamericanos expuestos a ser detenidos y expulsados de diversas formas, así como los aspectos políticos, los contextos de violencia y los factores medioambientales que van aparejados al control migratorio en el interior del país.

Xavier Oliveras González, en el marco de la espacialidad y fronteridad, y a partir de los resultados de una investigación comparativa sobre las espacialidades de la resistencia al muro fronterizo de Estados Unidos en los espacios locales fronterizos de ambos países, entre enero de 2017 y mediados de 2019, intenta aportar respuestas a la interrogante consistente en cómo se viven los espacios en las ciudades contiguas de Reynosa, Tamaulipas y McAllen, Texas, donde el muro corre paralelo, pero no coincide con el límite internacional. También se pregunta sobre la manera en que en estas urbes —cuyos actores se encuentran en los gobiernos locales, empresarios, sociedad civil, individuos y colectivos migrantes y activistas de derechos humanos y antimuros— se configuran las percepciones y la espacialidad y cómo se articulan las resistencias a las fronteras. El autor parte del supuesto de que las lógicas espaciales difieren, tomando en consideración el contexto territorial y los distintos impactos recibidos del muro. En suma, en esta investigación se compara la resistencia a la construcción del muro en ambos países, buscando para ello estimar la resistencia de uno y otro lado (a escala local, nacional y global), así como identificar sus relaciones (transfronterizas).

Por su parte, Carlos Alberto Casas Mendoza coloca en la primera línea del análisis la construcción diferencial de las nociones de territorio y cuerpo en la frontera norte de México y en algunas localidades de Texas (Laredo, Austin, Dallas y Houston). Si la danza ha sido durante mucho tiempo el ámbito privilegiado del análisis antropológico, este acercamien-

to etnográfico a la danza de matachines revisita la historiografía y la geografía, relaciona práctica de danza y territorialidad, y trata de esclarecer el papel de las emociones en el entendimiento de cómo las identidades se organizan. Con tal motivo, el autor explora la dimensión escenográfica de esas danzas, en tanto que productoras de metáforas, para reelaborar nociones de territorialidad a través del cuerpo danzante. Frente a la pregunta de qué sucede con este tipo de prácticas rituales cuando los sujetos atraviesan la frontera y qué formas de *performatividad* adquieren en algunas localidades de Texas, se parte de la hipótesis de que tales prácticas no son puntos de ruptura con las tradiciones locales para los agentes en tránsito migratorio. En este sentido, los matachines, como toda danza, es un geolocalizador, traduce maneras de organización y permite pensar las formas de representación de las identidades “en frontera”.

Un último texto alimenta este eje. Mediante el análisis sociolingüístico de un fenómeno concerniente al habla de varios personajes, Carlos Urani Montiel Contreras y Laura Sarahí Robledo Melgar nos proponen una lectura posible del texto analizado, subrayando los vínculos entre literatura y espacio —y por extensión todos los términos del campo semántico (lugar, entorno, sitio, territorio...)—. En un intento de acercamiento entre geografía, cartografía y estudios literarios, los autores toman el pulso de la condición errante del individuo transfronterizo en el sur de Estados Unidos; condición encarnada por el mexiconorteamericano Oriundo Laredo, el protagonista de la novela del mismo nombre, de Alejandro Páez Varela. Sabemos que por naturaleza el Estado tiende a homogenizar el espacio y la población que controla y asignar a los individuos una identidad bien definida (identidad “nacional”), no le gusta el nomadismo de aquéllos que no respetan la frontera ni las multinacionalidades. En la ficción, Oriundo Laredo vive una vida seminómada, en el intersticio fronterizo entre ciudades de ambos lados de la frontera, en el “país de en medio”, la Mex América, espacio literario transfronterizo y translocal, en la zona suroeste de Estados Unidos (Texas y Nuevo México) y en la parte septentrional mexicana (Chihuahua), “sin que la jurisdicción le reste movilidad”, en un periodo que engloba 162 años, los cuales coinciden con la totalidad de los seis capítulos de la novela, entre recuerdos, travesías constantes y relatos.